

TRANSLATORS OF 19TH-CENTURY ROMANTICISM. IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO AND HIS INVENTION OF MEXICAN PEOPLE

PABLO MUÑOZ BRAVO

ORCID.ORG/0000-0002-3191-0969.

Becario posdoctoral en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México

pablomunoz_filos@yahoo.com.mx

Abstract: *This article seeks to explore Ignacio M. Altamirano's visión of the popular clases through the use of newspapers, literary works and chronicles by the author, as well as intellectual and political history. All of this with the purpose of examining the process, influenced by romanticism, of the construction of one of the protagonists in his writings, chronicles and novels: the new sovereign known as el pueblo. The aim is to answer the following questions: Who constituted el pueblo according to Ignacio M. Altamirano? Was el pueblo synonym of the crowd? In this work, I intend to demonstrate that Altamirano was one of the great creators of the concept of "pueblo" in the 19th-century literature and a proponent of a different, more inclusive liberalism, all through a systematic study of his most representative writings.*

KEYWORDS: DEMOCRACY, LIBERALISM, LITERATURE, HISTORY, CITIZENS

RECEPTION: 13/01/2026

ACCEPTANCE: 20/04/2026

TRADUCTORES DEL ROMANTICISMO EN EL SIGLO XIX. IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO Y SU INVENCION DEL PUEBLO MEXICANO*

PABLO MUÑOZ BRAVO

ORCID.ORG/0000-0002-3191-0969.

Becario posdoctoral en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México

pablomunoz_filos@yahoo.com.mx

Resumen: En el presente artículo, a través del uso de la prensa, de obras literarias y crónicas de Ignacio M. Altamirano, y mediante el uso de la historia intelectual y política, pretendo indagar en la visión de este autor acerca de los sectores populares, con el objetivo de conocer el proceso de elaboración —bajo el influjo del romanticismo— de uno de los protagonistas en sus escritos, crónicas y novelas, el nuevo soberano llamado *el pueblo*, para contestar las siguientes preguntas: ¿quién formaba parte del pueblo según Ignacio M. Altamirano?, ¿el pueblo era sinónimo de la multitud? En este texto, pretendo mostrar que Altamirano fue uno de los grandes creadores del pueblo en la literatura decimonónica y portador de la propuesta de un liberalismo distinto, más incluyente, todo mediante un estudio sistemático de sus escritos más representativos.

PALABRAS CLAVE: DEMOCRACIA, LIBERALISMO, LITERATURA, HISTORIA, CIUDADANÍA

RECEPCIÓN: 13/01/2026

ACEPTACIÓN: 20/04/2026

* Este artículo se discutió en el Seminario de Posdoctorantes del Centro de Estudios Históricos (CEH) de El Colegio de México el 26 de marzo de 2025. Agradezco a los asistentes y al Dr. Rafael Rojas del CEH por sus comentarios y lectura, así como a los dictaminadores anónimos de *Signos Literarios*.

*El pueblo no preexiste por el hecho de invocarlo y de buscarlo:
se construye.*

ROSANVALLON, *EL PUEBLO INALCANZABLE...*

INTRODUCCIÓN

Durante la tercera semana de octubre de 1867, Ignacio Ramírez, el Nigromante, inició una polémica con el gobernador del Distrito Federal, Juan José Baz, a través de las páginas del diario *El Correo de México*, del que era redactor en jefe su alumno más adelantado: Ignacio Manuel Altamirano, con quien compartía opiniones políticas de manera recurrente. En el artículo titulado “Un atentado”, Ramírez denunciaba el abuso de autoridad cometido por el gobernador Baz en perjuicio del joven Teodoro Quesada, quien fue fusilado por el funcionario público por robar un incensario de una iglesia (*El Correo de México*, 19 de octubre de 1867: 1). En el escrito, Ignacio Ramírez lamentaba que Juan José Baz tomara esa resolución siendo abogado, pues argumentaba que, a los 19 años, el joven pudo haber sido rehabilitado y vuelto útil a la sociedad. En la misma nota criticaba al gobernador por carecer —desde su punto de vista— de calidad moral para juzgar a ese joven, pues acusó a Baz de especular con los bienes de la Iglesia durante la desamortización de 1856, con la que supuestamente se habría hecho rico.

Una dosis de la crítica también estuvo dirigida al presidente Benito Juárez, con quien tanto Ignacio Ramírez como Ignacio M. Altamirano guardaban rencillas electorales recientes, por la elección presidencial de octubre, en la que don Benito derrotó a su candidato, el general Porfirio Díaz (Hamnett, 1996: 659-689; Perry, 1996: 40-154). Parte de la legislación presidencial que criticaban era con la que el Presidente autorizó a los prefectos para fusilar a todo ladrón capturado *infraganti* o a cualquier persona denunciada por dos testigos. Ignacio M. Altamirano estuvo de acuerdo con lo que sustentó su maestro en aquel artículo que generó la polémica; por ello, fue increpado por Juan José Baz, quien le reclamó por solapar las opiniones de su antiguo maestro: “si usted y aquellos hubiesen tratado de contener y contrariar los inmerecidos insultos que me dirige el señor Ramírez [...] que han permitido que me trate de ladrón, asesino y crapuloso, no pueden con justicia, pretender

que no se le devuelvan a dicho Ramírez los insultos” (*El Boletín Republicano*, 27 de octubre de 1867: 3).

Al final, la polémica no escaló a un conflicto mayor, pero el debate que tuvieron dichos políticos liberales nos lleva a preguntar lo siguiente: ¿qué tan sinceras eran las palabras de Ramírez y Altamirano con respecto al joven Quesada?, ¿realmente creían que jóvenes reputados como ladrones, asesinos, así como los pobres del campo y la ciudad podrían rehabilitarse y formar parte del proyecto político liberal?, ¿podían ser parte del pueblo soberano o la nación? Sobre todo, porque eran los años previos a que el literato originario de Tixtla, Guerrero, forjara la literatura nacional con sus novelas y cuentos en los que, de alguna forma, perfiló y dio voz al pueblo mexicano.¹ En el presente escrito trataré de averiguar lo anterior y, por medio de su idea de *pueblo*, ver cómo concibió el gran autor guerrerense la adopción de las distintas corrientes del romanticismo europeo y su influjo en el trabajo del político mexicano.

El texto tiene relevancia, pues pocos autores han relacionado este tema con la obra política y literaria de Ignacio Manuel Altamirano. Uno de los grandes especialistas en el tema, Carlos Illades, al reflexionar sobre el romanticismo en nuestro país en el siglo XIX, dijo lo siguiente: “La vertiente social del romanticismo mexicano está virtualmente ausente en los estudios especializados, más inclinados a abordarlos por medio de los autores y géneros literarios” (2005: 23). En dicho estudio, Illades se propuso rescatar la influencia del socialismo en el romanticismo mexicano. Algunos autores recientemente se han dado a la tarea de reflexionar sobre este tema y su liga con el pensamiento liberal y socialista desde la perspectiva de la historia (*cf.* Orduña Carson, 2015: 63-78, y Muñoz Bravo, 2021: 149-160).

En el ámbito de las letras, tampoco hay muchos estudios, pero sí algunos análisis interesantes, como el de Friedhelm Schmidt, quien señala que en sus novelas “el escritor se pronuncia a favor de un romanticismo social comprometido” (Schmidt, 1999: 110), algo cercano a lo que intentaré sustentar aquí; así como el texto de José Gomáriz, quien sostiene que, en su novela *Clemencia*, Altamirano “reivindica la identidad indígena como parte de la nación mestiza mexicana” (Gomáriz, 2001: 50). Max Parra, al reflexionar sobre el pueblo en

¹ Cabe resaltar que las novelas más conocidas de Altamirano y que analizaremos aquí, fueron escritas en 1869 (*Clemencia*), 1871 (*La Navidad en las montañas*) y 1901 (*El Zarco*).

la novela *El Zarco*, señala que, en esa obra, Altamirano perfiló al pueblo racional, que respeta la propiedad privada, que es laborioso y que tiene sentido del ahorro, la urbanidad y la medida. El autor ve una misma línea de continuidad en las ideas sociales del liberalismo de Ignacio M. Altamirano y el de Porfirio Díaz, cosa distinta a la que trataré de sostener (Parra, 2006: 67-68).

Por mi parte, en el escrito a través del uso de la literatura y la historia, pretendo profundizar en su noción de *pueblo* y en los vínculos entre el liberalismo, el socialismo y el romanticismo, con el objetivo de mostrar su concepción amplia del pueblo —aunque condicionada—, manifiesta en otra variante del liberalismo mexicano que no ha sido tomada en serio dentro de los estudios de dicha doctrina y que estuvo vigente en figuras políticas como las de Ignacio Ramírez y, sobre todo, en el propio Ignacio Manuel Altamirano, influidos por el romanticismo de la novela “social” francesa.

EL SURGIMIENTO DEL PUEBLO EN OCCIDENTE

El historiador británico Thomas Munck señaló que, hasta antes del estallido parisino de 1789, en Europa la estructura social estaba regida por una “tradicional jerarquía de los órdenes sociales”. La sociedad era comprendida en esencia jerárquica, estática, liderada por las élites nobiliarias, en cuyo orden formaban los sectores medios la pequeña aristocracia rentista, los comerciantes, los licenciados y los trabajadores mecánicos, todos conocidos como “trabajadores humildes e industriosos”. Por debajo de ellos, se encontraban los pobres del campo y la ciudad, seguidos de vagabundos y mendigos. Sus diferentes niveles eran conocidos como rangos o estados, y eran, por supuesto, sociedades corporativas (Munck, 2001: 276). La postura de los *philosophes* franceses de la Ilustración respecto a ese sector de la sociedad fue, por lo general, de rechazo, sólo Rousseau y algunos pensadores menores escribieron textos que pretendían reflexionar sobre cómo mejorar la suerte de dichas personas, de ahí sus obras emblemáticas: *Discurso sobre la desigualdad* (1755) y *El contrato social* (1762) (Munck, 2001: 277-278).

En realidad, fue hasta los albores de la que se convirtió en la primera revolución social de Occidente —la francesa de 1789—, cuando se empezó a reflexionar sobre ese sector social, luego de que un miembro de una casta privilegiada, el abad Emmanuel J. Sieyès, denunciara los privilegios del clero y del primer Estado —la nobleza francesa— en perjuicio del llamado tercer

Estado, en su célebre escrito del mismo nombre (Sieyès, 1989).² En él, Sieyès hizo sinónimos a tres términos que quizás hasta ese momento no lo eran: el tercer Estado, la nación y el pueblo. Influido tal vez por trabajos previos como *El contrato social*, de Jean Jacques Rousseau (1762), decidió dar protagonismo a esa parte de la población, a quien no se tomaba demasiado en cuenta hasta el estallido revolucionario del 14 de julio de 1789, en el que su trabajo tuvo mucho que ver, al lanzar, en el escrito referido, las conocidas preguntas: ¿qué es el tercer Estado?, ¿qué representa en el orden político? Cuya respuesta fue: todo y nada, respectivamente.³ (Sieyès, 1989: 55). Quien terminó consolidando también a este nuevo protagonista fue el régimen de la Convención Nacional Francesa (1793-1795), quien, en su constitución de 1793 —según Thomas Munck—, tradujo el término *nación* como sinónimo de *pueblo* (Munck, 2001: 278-279), y Jules Michelet en su obra clásica *El pueblo* (1991: 7-10).

Pierre Rosanvallon ha sido un historiador contemporáneo que ha estudiado profundamente el tema de la democracia y las elecciones en Francia, y, en su momento, apuntó: “la cuestión del sufragio universal es, en el fondo, el gran tema del siglo XIX” (Rosanvallon, 1999: 10).⁴ La problemática presentada por la cita de Rosanvallon es la que, de alguna manera, trataron de responder Michelet y varios autores latinoamericanos a lo largo del siglo XIX, entre ellos Ignacio M. Altamirano: ¿cómo darle voz y cuerpo a una abstracción política? Por ello, el sociólogo e historiador francés también se preguntó lo siguiente: “¿Cómo

² Respecto al concepto de *revolución* surgido de la Revolución francesa, dice lo siguiente Enzo Traverso: “El concepto moderno de Revolución surgió durante el siglo XVIII, pero fue la Revolución francesa la que lo codificó en un nuevo paradigma. La revolución se había convertido en una proyección de la sociedad en el futuro, una extraordinaria aceleración de la historia” (2023: 77). Cabe señalar que esto también ya había sido señalado por Koselleck (1993: 67-85) y Arendt (2006: 50-95).

³ Véase Thomas Munck (2001: 278), quien señala que ya existía una corriente de interpretación que hacía al pueblo sinónimo de nación en el siglo XVIII, que lo ubicaba con una idea de vaga unidad, fuerza y lealtad patriótica y de ella abrevaron Rousseau, Johann G. Herder y otros románticos. La otra interpretación era la que identificaba al pueblo con la multitud o “la sucia plebe” de Edmund Burke.

⁴ André Jardin (1998: 8) y Patrice Gueniffey (2001: 51-93) han estudiado las elecciones y su inclusión ciudadana a través de la historia de Francia, pasando por distintas etapas, desde 1793, 1830 y 1848.

constituir al pueblo y arrancarlo de su abstracción instituyente? ¿Cómo darle voz y rostro, a pesar de que la metalurgia de los acontecimientos revolucionarios haya cesado de producir sus efectos y forjarle una unidad evidente?” (Rosanvallon, 2004: 50). Un gran debate consistió en definir al pueblo, pero otro también fue la manera de distinguirlo de la multitud, aquella canalla a quien temían algunos políticos y con la que coqueteaban otros, ese cuerpo indefinido en el que cabría todo. De ahí la urgencia de definir sus límites.⁵

LLEGADA DEL ROMANTICISMO A MÉXICO

El arribo del “mayor movimiento reciente destinado a transformar la vida y el pensamiento del mundo occidental” (Berlin, 2020: 17)⁶ tuvo representantes

⁵ ¿Cómo era entendida la palabra *pueblo* antes de 1789 e incluso hasta 1808 en México? Aunque es evidente que Ignacio Manuel Altamirano sabía distinguir entre los conceptos *pueblo* del antiguo régimen americano y el moderno de origen europeo al que se refiere profusamente en sus escritos —como veremos adelante—, quizá sea interesante para el lector de este escrito ver la evolución del término en las distintas tradiciones liberales durante la última parte del siglo XVIII hasta 1857.

La sociedad americana virreinal fue igual de compleja o quizás un poco más que la europea que ya he esbozado. Era también una sociedad estamental y corporativa, pero compuesta por repúblicas de españoles, indios, castas, esclavos, pueblos e instituciones civiles y eclesiásticas. El término *nación* existía y se refería a las étnias (las naciones mexicana, zapoteca, entre otras), pero, al mismo tiempo, también “al conjunto de cuerpos políticos naturales tales como los cabildos, las provincias, territorios, mientras que el Estado era un cuerpo artificial fruto de un pacto entre entidades soberanas”. El vocablo *pueblos* hacía alusión de la misma forma a los cuerpos intermedios de la sociedad, tales como las corporaciones, los cabildos, las juntas, las repúblicas de indios y españoles, la Audiencia, la Universidad y sus representantes, quienes se reunían de manera esporádica para la toma de ciertas decisiones; todo lo anterior evolucionó hacia la nación y el pueblo modernos, compuestos por ciudadanos atomizados o individuos componentes del nuevo soberano llamado *el pueblo* (cfr. Annino (2003: 152-154 y 170). Para la noción moderna, cfr. Arroyo (2011: 531 y 546) y Tapia Chávez (2024: 14 y 74).

⁶ Por cuestiones de espacio, no es posible indagar mucho en la definición del romanticismo y su trayectoria, pero quien esté interesado en la historia de este movimiento cultural puede consultar el estudio de Isaiah Berlín (2020) y el de Rüdiger Safranski (2009).

importantes en nuestro país, como el poeta cubano José María Heredia, el mexicano Manuel Acuña —quien trágicamente se suicidó a temprana edad— y Juan Díaz Covarrubias, así como los novelistas Manuel Payno, Vicente Riva Palacio, Ignacio Ramírez y su alumno, el gran forjador de la literatura nacional, Ignacio Manuel Altamirano (Martin, 1991: 139 y 150-151).⁷

En México, la difusión del romanticismo se dio tras la fundación de círculos literarios de los que participaron aficionados a las bellas letras de extracción acomodada. El primero de ellos —nos dice Carlos Illades— fue la Academia de San Juan de Letrán, fundada en 1836 por Manuel Tossiat Ferrer, los hermanos José María y Juan Nepomuceno Lacunza, junto con Guillermo Prieto. Éstos integrarían después a José Joaquín Pesado, Andrés Quintana Roo e Ignacio Ramírez, el Nigromante, quien causó revuelo con su composición para ingresar a dicha asociación, al negar la existencia de Dios, y decir que las cosas se sostenían por sí mismas, algo inaudito en una sociedad católica (Illades, 2005: 54-55).⁸

El sucesor de la Academia de San Juan de Letrán fue el Liceo Hidalgo (1849-1888), institución catalogada como la cuna de la segunda generación romántica de nuestro país. En sus instalaciones se reunirían figuras como Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, José María Roa Bárcena, José Tomás de Cuéllar, Francisco Zarco, Vicente Riva Palacio, José María Vigil, Justo Sierra, Manuel Acuña, Ignacio Manuel Altamirano e, incluso, el cubano José Martí en su paso por nuestro país (Illades, 2005: 60-61).⁹

Entre los fenómenos culturales que permitieron la relativa circulación del romanticismo en nuestro país están el aumento de las imprentas en las grandes ciudades y la instalación de talleres litográficos que permitieron la publicación

⁷ Si bien el Nigromante no publicó novelas, fue maestro de literatura en varias escuelas a nivel nacional, un escritor muy prolífico en verso y prosa en la prensa de la época, así como la inspiración de Ignacio Manuel Altamirano. Para conocer parte de su producción literaria en una etapa temprana, véase Pablo Piccato (2019: 29-74).

⁸ Emiliano Canto Mayén realizó una prosopografía de los integrantes de la llamada “República de las Letras”, en donde rastrea los orígenes sociales de los grandes escritores del México decimonónico, sus lugares de sociabilidad, producción e influencias (*cf.* Canto Mayén, 2018).

⁹ Uno de los estudios más recientes sobre el romanticismo en nuestro país es el de Laura Suárez de la Torre (2020).

de periódicos y revistas literarias a lo largo del siglo XIX. Gracias a ello, surgieron diarios como *El Fénix de la Libertad*, *El Sol*, *El Iris de la Libertad*, *El Siglo Diez y Nueve*, *El Monitor Republicano*, *Don Simplicio*, entre muchos otros. Al mismo tiempo, desde mediados de la centuria decimonónica, circularon revistas literarias importantes, como *El Mosaico Mexicano*, *El Liceo Mexicano*, *La Revista Científica y Literaria de México*, *El Álbum Mexicano* y *La Ilustración Mexicana*, entre otras (Illades, 2005: 63-78).

Aunque en las últimas figuraba la divulgación de la ciencia, la tecnología y el conocimiento racional, al igual que los diarios, las revistas fueron instrumentos de difusión de las bellas letras, pues permitió la divulgación del trabajo de autores clásicos europeos y estadounidenses, por medio de las traducciones de varios literatos mexicanos, a la vez que publicaban novelas, cuentos y composiciones literarias propias, que se daban a conocer en dichos periódicos y revistas. Uno de los esfuerzos literarios más importantes se dio a partir de enero de 1869, cuando, durante más de un año, se publicó el proyecto del maestro Altamirano, llamado *El Renacimiento*, nombre que evocaba la reconstrucción en todos los sentidos de la nación mexicana, un periódico literario que aspiraba a forjar la nueva literatura nacional y a reconciliar a todos los literatos —sin importar su ideología—, tras el triunfo militar del liberalismo en nuestro país en 1867. Por ello, en él escribieron cerca de cien autores de todas las posturas y también se tradujo a los grandes autores de la literatura universal (Girón, 2007: 215-252 y Negrín, 2006: 13-56).

Cabe señalar que Ignacio Manuel Altamirano —al igual que muchos hombres de letras— pensaba que la literatura tenía un papel fundamental en la construcción de la cultura nacional, como difusora de la historia y de la moralidad republicana. Su predilección por el romanticismo “popular”, de novelistas sociales como Charles Dickens y Víctor Hugo —más cercano a la tradición francesa que a la británica y alemana, de carácter más introspectivo—, se ve retratado en su obra, como veremos a continuación.¹⁰

¹⁰ Carlos Illades destaca la influencia de la obra de Dickens en el pensamiento de Altamirano, al igual que la del novelista mexicano Nicolás Pizarro, con su novela *El Monedero* (Illades, 2005: 81-82). María del Carmen Millán, en su momento, también destacó el trabajo de Pizarro en la obra de Altamirano, específicamente en su novela *La Navidad en las Montañas*

EL POBRE Y OSCURO ORADOR DEL PUEBLO

A diferencia de Benito Juárez, el político tixtleco hizo mayor énfasis en sus orígenes humildes y étnicos a lo largo de su andar público. En uno de los momentos en que comenzaba a ser un poco más conocido, se denominó a sí mismo con el apelativo que nombra este apartado. En una oración y discurso cívico dedicado a la Independencia y la Reforma, en plena guerra civil, el 16 de septiembre de 1859, declaró: “voy a relataros yo, pobre y oscuro orador del pueblo, y perteneciente a él por mi cuna y mi convicción, esa sublime historia de once años” (Altamirano, 1986-1995, vol. I: 40).

Será dos años después, también en un discurso dedicado a la Independencia de la República, dentro del contexto de la posible amenaza de la invasión tripartita, que, al estilo de Jules Michelet al hablar del pueblo, dirá: “yo puedo hablar en su nombre, porque me identifico con él [...] porque yo soy un verdadero hombre del pueblo, descendiente de veinte razas desgraciadas, que me han legado su amor a la libertad y todos los dolores de su antigua humillación” (1986-1995, vol. I: 87).¹¹

Altamirano fue uno de los políticos que se identificó, en buena medida, con la tradición liberal francesa, por su énfasis social no tan común en la clase política mexicana decimonónica, pero existente, al fin y al cabo, en personalidades como Ponciano Arriaga y su maestro Ignacio Ramírez. Es probable que esa interpretación de la doctrina liberal haya sido aprendida a través del estudio de la historia, la filosofía y la literatura en las clases de Ignacio Ramírez, en sus vastas lecturas personales y en las ocasiones que acudió al Congreso Constituyente de 1856, como observador, tal y como dijo en su momento. Vale la pena recordar que, durante ese año en el que se formuló la Constitución de 1857, se dieron debates muy importantes en el plano democrático, pues se discutió el voto universal masculino, la libertad de cultos, la defensa de los derechos del hombre y algunas propuestas de reforma agraria a nivel nacional, expuestas por Ponciano Arriaga, Isidoro Olvera, José María del Castillo Velasco, todas ellas apoyadas por Ignacio Ramírez (Zarco, 1956: 330-404).

(Millán, 1957: 187-206). Sin embargo, es necesario señalar que, para críticos literarios como Seymour Menton, Dickens ya no es romántico, sino “realista” (Menton, 2010: 53).

¹¹ Michelet habría dicho a Edgar Quinet sobre *El pueblo*: “era más que un libro: era yo mismo. Por mis orígenes obreros” (Michelet, 1991: 7 y ss).

Desde el comienzo de su trayectoria política y periodística, el Nigromante tuvo una personalidad muy peculiar. A finales de 1845, cuando fundó su primer diario (*Don Simplicio*), junto a Guillermo Prieto y Vicente Segura, al parecer, apostó por el uso de la “baja política”, los mítines, las reuniones populares y su concepto amplio del *pueblo* o *el nuevo soberano*. Por ello, en algunas ocasiones aludía a la tradición de la Revolución francesa —que no era bien recordada por algunos otros liberales, pues ligaba sus actos discursivos con el régimen de la Convención Nacional Francesa—, al firmar varios de sus artículos como “El Nigromante del Jacobinismo”, cuando discutía con Lucas Alamán.¹² Algo que también destacó fue su exégesis del Grito de Dolores, en una oración cívica pronunciada el 16 de septiembre de 1861, en la que ofrecía una imagen inusitada del padre Hidalgo al afirmar que sus actos estuvieron inspirados en la Revolución francesa: “Hacer de la fraternidad el grito de guerra para una nación oprimida, y la cuna de sus instituciones no fue la inspiración de Moisés [...] ni de Washington [...] solo el grande libertador de México ha tenido el valor para llamar, las primeras bajo su glorioso estandarte, a las turbas envilecidas” (Ramírez, 1984-1989, vol. III: 17).

Estas características acerca del inicio de la Independencia como gesta popular y su admiración por el régimen de Robespierre se replicarán en la visión política de Altamirano en varias ocasiones. Por ejemplo, en el mismo discurso que referimos del 15 de septiembre de 1861, en el Teatro Nacional, señaló: “El siglo XIX no es el siglo XV: La Francia nos enseñó el camino en 93, y su ejemplo contagia al mundo ya el pueblo hace temblar al Papa en el Vaticano, el viejo catolicismo de los frailes agoniza” (Altamirano, 1986-1995, vol. I: 89).

Si bien es cierto que los años que van de 1853 a 1868 Altamirano vivió episodios dignos de destacarse —su participación en labores administrativas y militares en la Revolución de Ayutla al lado de Juan Álvarez y Benito Juárez, así como en la prensa y en el terreno de las armas durante la Guerra de Reforma y la Segunda Intervención Francesa—, su papel como el gran decano de la cultura nacional se dio tras la consumación del triunfo de los liberales, después del fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo junto a Tomás Mejía

¹² Sus artículos “El Tiempo” (31/01/1846) y “La Representación Nacional” (s.f.), ambos publicados en el diario *Don Simplicio*, aparecen firmados como El Nigromante del Jacobinismo.

y Miguel Miramón, en el Cerro de las Campanas, en junio de 1867. A partir de ese año, en el plano de la política, apoyó la candidatura presidencial de Porfirio Díaz, junto a su maestro Ignacio Ramírez.

Al mismo tiempo, en el plano cultural, se embarcó en la gran empresa de fundar una literatura de conciliación entre los hombres de letras, así como en la construcción de una literatura nacional por medio de su revista *El Renacimiento*, en donde también empezó a erigir con mayor énfasis su versión del pueblo mexicano, a partir de sus escritos históricos, literarios, periodísticos y didácticos, como veremos más adelante.¹³

LABOR PEDAGÓGICA Y DIFUSIÓN DEL CONOCIMIENTO

En *El Renacimiento*, Altamirano, como jefe de proyecto, diseñó un recuento de la producción literaria nacional y un análisis de la producción extranjera de la década de 1860.¹⁴ En la publicación, colaboraron un gran número de hombres y algunas mujeres de letras, quienes, sin importar su visión política, contribuyeron a la formación de la llamada *república de las letras*, así como al conocimiento de las raíces históricas de la cultura mexicana y al inicio de la literatura nacional (Illades, 2005: 85). Además de lo anterior, en dicha publicación se dieron a conocer las traducciones al español de grandes obras de autores del romanticismo europeo, como Lamartine, Musset, Víctor Hugo, Goethe, Schiller, Novalis, Byron, Poe, entre otros, hechas por algunos de los colaboradores de la revista (Illades, 2005: 80). Dentro del movimiento romántico, Altamirano sentía predilección por las versiones europeas que ponían como protagonista al pueblo (Dickens, Víctor Hugo), pues consideraba de suma importancia su estilo de escritura, que identificaba como “novela social” (Illades, 2005: 82). Pensaba por ello a la novela como uno de los principales vehículos de difusión del conocimiento social: “La novela [...] pudiérase decir que es el género de literatura más cultivado en el siglo XIX y el artificio con

¹³ Nicole Girón es quien quizá mejor ha analizado este breve, pero sustancioso momento de creación de la revista *El Renacimiento* y el inicio de la literatura nacional (2007: 215-252).

¹⁴ José Luis Martínez llama la atención respecto al hecho de que Altamirano fue el primer mexicano que analizó con “inteligente curiosidad literaturas como la inglesa, la alemana, la norteamericana y la hispanoamericana” (1997: 128).

que los hombres pensadores de nuestra época han logrado hacer descender a las masas doctrinas y opiniones que de otro modo habría sido difícil hacer que aceptasen” (Altamirano, 1986-1995, vol. XII: 39). Su primera novela por entregas, en donde comienza a exponer sus ideas políticas y sociales de forma más sistemática, es *Clemencia* (1869), seguida de *La Navidad en las montañas* (1871) y de la póstuma *El Zarco* (1901).

Sin embargo, antes de incursionar en el análisis de sus obras literarias, me parece importante señalar el papel de la otra gran herramienta de difusión del conocimiento: la educación. Ignacio M. Altamirano fue consciente desde un principio de lo “privilegiado” que fue en el mundo de miseria en el que creció, pues la mayoría de las personas en su pueblo no pudieron instruirse como él lo hizo. Por eso, en su momento, en una ceremonia de premiación de la Beneficencia para la instrucción y amparo de la niñez desvalida, en 1870, reconoce lo siguiente: “yo también soy hijo de la beneficencia, yo también nacido en la clase más humilde y más menesterosa, en la clase indígena, he debido mi instrucción primaria a la beneficencia de mi pueblo y la instrucción secundaria a la beneficencia del gobierno liberal” (Altamirano, 1986-1995, vol. I: 211).

Esta misma idea está presente en otro de sus discursos, en 1881, en la Escuela Industrial de Huérfanos:

Esta escuela, es pues, el monumento que encierra la teoría republicana. La educación del Estado para el pueblo; el deber no la misericordia, el alma de la república y no la gracia del monarca [...] ¡Ah, hijos míos, como no vienen a veros hoy, todos los ricos de México, todos los buenos, todos los que no creen que el mal social se previene con la educación ¿por qué no acercarse a ayudar al gobernante en sus afanes filantrópicos? (Altamirano, 1986-1995, vol. I: 299)

Por ese motivo, como diputado, abogó por el despliegue nacional de la educación, y, cuando se desempeñaba como profesor en la Escuela Nacional Preparatoria, ayudó a diseñar el proyecto de la Escuela Normal de Profesores, y lo apoyó mediante la impartición de las cátedras de Historia y Literatura, y asistiendo a las ceremonias de premiación de finales de cada ciclo de las escuelas de primeras letras, las cuales servían para iniciar a los párvulos en los valores republicanos, y para generar identidad con el proyecto liberal, como ha señalado Rosalina Ríos, entre otros historiadores (Ríos Zúñiga, 2005: 145-170).

Si bien, hasta aquí hemos visto cierta congruencia en el pensamiento del político y maestro tixtleco respecto a su idea inclusiva del pueblo, lo cual nos lleva a pensar que todos los miembros de la sociedad podían concurrir a él, ¿esto realmente fue así?, ¿en verdad todos podían formar parte del ágape democrático de los liberales radicales y románticos como Altamirano?

Históricamente, el liberalismo político ha sido visto como una doctrina individualizante, competitiva y excluyente en la cuestión social y democrática de los hombres; por lo tanto, resulta difícil creer que en algún momento el liberalismo también fue una doctrina libertaria.¹⁵ Sin embargo, existen indicios de que lo fue, baste recordar el episodio de la Revolución francesa como la primera rebelión social de Occidente, sobre todo en la etapa del régimen de la Convención Nacional, la independencia de Haití, pasando por las revoluciones de 1848, en específico en Francia, y las guerras civiles en América Latina durante la segunda mitad del siglo XIX.

Aquella imagen del liberalismo como una teoría colonial ha sido matizada por Rafael Rojas para la primera mitad de dicho siglo (Rojas, 2013: 29-52). Para la segunda mitad de esa centuria en la que vivió nuestro protagonista, todavía no hay muchos trabajos que nos hablen de aquellos liberales que

¹⁵ El liberalismo político clásico que definieron hombres como John Locke, Adam Smith, David Ricardo y los ilustrados franceses es aquel que, a grandes rasgos, defiende la propiedad individual y al individuo como parte del “derecho natural” con el que el hombre nace y con el que se relaciona con otros hombres para formar sociedades. Es una doctrina que, además, apela a la defensa de ese individuo frente al Estado; propugna por la libertad de la economía frente al mismo, y demanda la división de poderes, por monarquías parlamentarias o repúblicas, es decir, sistemas de contrapesos en donde los ciudadanos individualizados sean los verdaderos soberanos. Los ejemplos clásicos de este liberalismo fueron Inglaterra, Estados Unidos, la primera monarquía de la Revolución francesa y los primeros intentos de las repúblicas hispanoamericanas. En este esquema clásico, sólo los hombres blancos, propietarios de esclavos, dueños de comercios y gente que pagaba impuestos podía tener voz y voto. Con el tiempo, surgieron otros liberalismos más incluyentes, como los que mencionaremos: la etapa de la Convención Nacional de la Revolución francesa (1793-1795), la Revolución haitiana, la Revolución francesa de 1848, las guerras civiles de la segunda mitad del siglo XIX en América Latina, en donde algunos buscaron incorporar, como parte del pueblo, a la mayoría de los trabajadores del campo y la ciudad, como intento sostener con Ignacio Manuel Altamirano (*cf.*: Jardin, 1998).

tuvieron un pie en el liberalismo y otro, al parecer, en el socialismo romántico. En el caso mexicano, Jesús Reyes Heróles, uno de los ideólogos del Partido Revolucionario Institucional (PRI) en México, resolvió rápidamente la cuestión y le llamó a esa corriente el *liberalismo social*, y construyó un puente de pensamiento social “congruente” que iría de la Independencia hasta la Revolución como un solo movimiento, lo cual es erróneo y simplista desde mi perspectiva. Por tanto, el reto está en identificarlo, reconocer su existencia y distinguirlo de esta interpretación anacrónica (Reyes Heróles, 1957-1961).

Rafael Rojas, al hablar de este tipo de pensadores, ha recurrido al concepto del *republicanismo* o *pensamiento republicano*. Miguel Orduña, al referirse al pensamiento de Altamirano, lo ha nombrado un liberal republicano radical (Orduña Carson, 2015: 77). También hay autores que han señalado la existencia del pensamiento “demócrata-socialista” en Europa desde, por lo menos, la mitad del siglo XIX; historiadores como André Jardin, Michel Cordillot y William H. Sewell Jr. lo han sostenido. En esta corriente se inscribieron pensadores que combinaban lo que les parecía lo mejor de ambas doctrinas. Considero que Altamirano pertenece genuinamente a este tipo de políticos, que existieron en ese contexto, y en los siguientes apartados trataré de demostrarlo (Jardin, 1998: 383-409; Cordillot, 2014: 37-61 y Sewell Jr., 1992: 337-372).

Antes de hacerlo, quisiera pasar a complementar su pensamiento acerca del pueblo. Ya he señalado que, hasta aquí, pareciera que Altamirano sostenía una visión incluyente de la democracia y la educación, pero al parecer no fue así, pues desde aquí vamos a observar una visión más compleja de su relación con aquel nuevo soberano.

EL PUEBLO COSTUMBRISTA

Al analizar este tema, me preguntaba en dónde podría conocer otra visión de los sectores populares que tuviera el autor, pues difícilmente diría algo distinto a esa versión sumamente entusiasta —aunque no del todo falsa— en sus manifiestos u oraciones cívicas o escritos literarios. Afortunadamente, Altamirano fue un autor muy prolífico y también escribió textos costumbristas, opiniones en el Legislativo y crónicas. Fue precisamente en ellas donde encontré algunas de esas visiones más complejas. La primera que presento es muy controversial, pues muestra esa construcción personal de su imagen y, como tal, en varias

ocasiones recurre a señalar sus orígenes socioeconómicos y étnicos, pero en esta ocasión muestra una opinión muy compleja de sí mismo. La opinión se dio en 1881, cuando se presentó en la Cámara de Diputados un proyecto de creación de Escuelas Regionales de Agricultura para indígenas, criticado por el diputado Altamirano por considerarlo inadecuado:

Yo no me enorgullezco de ser indio, ni me siento humillado por ello, porque nadie tiene la discreción de nacer en tal o cual raza de las que constituyen el género humano. El mérito consiste en confesar que se ha nacido en esa raza y en confesar que en cualquiera de ellas tiene uno el carácter de hombre; así es que yo lo confieso siempre que puedo, ingenuamente, sin orgullo como sin humillación, pero tengo el gusto de diferenciarme de muchos que, perteneciendo a cierta raza, tienen vergüenza de confesarlo. (Altamirano, 1986-1995, vol. I: 376-377; énfasis mío)

Con esta declaración, quizá comprendemos mejor los pensamientos más profundos de estos liberales de origen indígena. Altamirano, a diferencia de Benito Juárez, hablaba más seguido de sus orígenes étnicos y socioeconómicos, pero no lo hacía por sentirse orgulloso de ellos, sino para recalcar las supuestas bondades del liberalismo, doctrina que defendía la igualdad de los hombres ante la ley, puesto que para él era más importante el “carácter de hombre” antes que cualquier origen étnico y socioeconómico. Esto nos ayuda a comprender varios momentos en los que, tanto él como su maestro —el Nigromante— apoyaron la destitución de Benito Juárez como presidente de la República, en 1861, por considerarlo un gobernante con virtudes inadecuadas a la política moderna, pues daban a entender que Juárez conservaba rasgos indígenas en su comportamiento (la idea de su pasividad en política, su personalidad impasible y una preparación deficiente intelectualmente). Por ello, en su momento, Altamirano señala: “El señor Juárez, cuyas virtudes privadas soy el primero en acatar, siente y ama las ideas democráticas; pero creo que no las comprende, y lo creo porque no manifiesta esa acción vigorosa, continua, enérgica, que demandan unas circunstancias tales como las que atravesamos”.¹⁶

¹⁶ Altamirano declaró esto en sesión del Congreso en agosto de 1861 (*apud* González Ortega, 1941: 74).

Lo increíble de la situación es que, en esta relación conflictiva, Juárez fue víctima de la reproducción de esos estereotipos racistas a manos de otros indígenas, en este caso de Ignacio Manuel Altamirano e Ignacio Ramírez, lo que describe lo arraigado que estaba en la sociedad ese mal. Tan es así, que ninguno de ellos se sintió cómodo por completo con su origen y por ello fomentaron la occidentalización de la sociedad originaria. No por sentirse naturalmente inferiores, como dijo Altamirano, sino porque vivir como indígena en el siglo XIX era peor que en la actualidad.¹⁷ Sin embargo, pese al entusiasmo que mostraban estos hombres, eran conscientes de la labor titánica que significaría pretender cambiar las costumbres de ese sector mayoritario del pueblo que decían conocer.

Uno de los males sociales que observa Altamirano en sus crónicas es el alcoholismo en la sociedad y el fanatismo religioso. El primer problema lo trata en una de las primeras crónicas que escribe en *El Renacimiento*, el 23 de enero de 1869: “pero el pueblo de México, poco inclinado aún al trabajo, poco económico, de organización débil, mal alimentado generalmente y viviendo bajo un cielo templado, no puede menos que resentir doblemente los peligrosos efectos de este vicio”.¹⁸ En la crónica, el político tixtleco reconoce que en su concepción el pueblo no era tan productivo como él pretendía que fuera; sin embargo, cree románticamente que la educación y las diversiones al alcance del bolsillo de las mayorías, como el teatro, serían herramientas para acabar con ese vicio (Altamirano, 1986-1995, vol. VII).

El entusiasmo del tixtleco no paraba ahí, sino que continuaba al tener una visión optimista del porvenir: “por fortuna, nuestro pueblo es inclinado al bien y no hace sino comenzar en esa nueva pendiente de desdicha y de abyección de modo que se le detendrá fácilmente” (Altamirano, 1986-1995, vol. VII:

¹⁷ En este sentido, puede entenderse la interesante reflexión de María Rosa Palazón y Columba Galván, quienes en su trabajo rescatan periodos en los que Altamirano defiende el pasado indígena y las virtudes de individuos como él y Benito Juárez, miembros de la población originaria, pero también en ocasiones cae en la desesperación ante la resistencia de los pueblos a los cambios propuestos por hombres como el tixtleco, y, por ello, opta por la castellanización y la educación occidental (*cfr.* Palazón y Galván, 1997: 110-111).

¹⁸ “Crónica de la semana”, *El Renacimiento* (23/01/1869) en Altamirano (1986-1995, vol. VII: 170-181).

180-181). Todavía no tenía conciencia suficiente del enemigo tan terrible que era la pobreza y la pauperización de ciertos sectores de la sociedad para su persona y otros políticos comprometidos con reducirla.

Cabe señalar que, a pesar de haber tenido orígenes humildes, de ser un representante auténtico del pueblo y de conocer buena parte de su problemática, Altamirano desconocía la existencia de capas de la sociedad en peores condiciones que la suya. Personas que, a diferencia de él, no pudieron recurrir a gente como Juan Álvarez o José María Lacunza, ni estudiaron en escuelas públicas como el Instituto Literario de Toluca o el Colegio de San Juan de Letrán, para poder salir de esa condición.¹⁹

La crónica que le abrió los ojos, en ese sentido, fue la que escribió en su visita a La Candelaria de los Patos, en lo que por aquel entonces era considerado las orillas de la Ciudad de México, en el actual barrio de La Merced y cerca de Tepito: “el miércoles guiado por un noble y caritativo amigo nuestro, hicimos una visita a uno de los barrios más espantosos de la ciudad. Vimos de cerca a los que legítimamente pueden llamarse los *Miserables* de México” (1986-1995, vol. VII: 453). Altamirano se sorprendía a cada paso que daba en aquella población en la que se alimentaban de reptiles y de flora de los lagos, inhalando gases y vapores insalubres, algo que le vino a recordar lo que ahora conocemos como *asimetría* entre las relaciones de poder centro-periferia: “un escritor amigo nuestro decía, con razón, hace pocos días, que *el centro dorado de México* ignora que está rodeado por un cinturón de miseria y de fango. Efectivamente, causa horror y tristeza semejante consideración” (Altamirano, 1986-1995, vol. VII: 454).

Como mencioné, el tixtleco probablemente no había visto tal nivel de pobreza en su vida, quizá creció pensando que la suya había sido la situación

¹⁹ Altamirano pidió ingresar a esta última escuela para terminar sus estudios de jurisprudencia mediante la solicitud de una beca con influencia de Juan Álvarez: “que se me permita volver a continuar mi carrera con el objeto de terminar una posición modesta con la que pueda sostener a mi numerosa familia que sufre en el sur la más espantosa miseria y careciendo de recursos para hacerlo; he acudido al E.S. Don Juan Álvarez”. En su Epistolario de 1850 a 1889 se puede ver que, al acudir a Álvarez y Lacunza, aludió a su origen humilde para recibir su ayuda, por eso sostengo que Altamirano se construyó esa imagen (Altamirano, 1986-1995, vol. XXI: 55-62).

más penosa con la que podía contar la existencia, pues los humanos a veces tendemos a pensar de esta manera, hasta que tenemos una experiencia catártica como la que él tuvo en *La Candelaria de los Patos*. Debido a la vivacidad y crudeza de su relato, compartiré un fragmento un poco amplio para que el lector comprenda a qué me refiero:

Pero al llegar a las calles contiguas a la plazuela de la Alamedita, a Coconepa, a Candelaria, el horror se aumenta porque el aspecto de casas, calles y gentes llega al último extremo que pueden alcanzar la miseria y la enfermedad. Casi todas las casas son de vecindad y contienen centenares de pequeños cuartos, cuyo precio de alquiler por mes varía de 4 reales hasta 2 pesos [...] Allí duermen ancianos, madres y niños, sobre un tinglado viejo y negro por entre cuyas aberturas brota el fango de la laguna. [...] En la mayor parte de semejantes viviendas encontramos a cada familia agrupada silenciosamente en derredor de un brasero apagado y vacío [...]

Hemos contemplado cuadros desgarradores. Un zapatero tullido que mantiene a sus seis hijos y a su mujer, difícilmente, aunque su trabajo no le produce lo bastante para vestirlos. Un peón de albañil que, teniendo hace un año los pies hinchados, apenas puede trabajar dos horas diarias, y con esto y con las limosnas que pide dar de comer a su mujer y sus cuatro hijos [...] una mujer enferma de flujo que hacía ocho días que estaba abandonada en su petate sin tener con qué curarse y que nos dijo que estaba esperando con paciencia la muerte, que no tardaría [...] (Altamirano, 1986-1995, vol. VII: 454.456)²⁰

²⁰ En esta crónica nuestro autor muestra la transición que tuvo entre los géneros literarios románticos, cuya influencia duró casi todo el siglo XIX, y las pinceladas de los que le sustituyeron, el realismo y el naturalismo. Menton menciona que el realismo no fue separado muchas veces del naturalismo y se les confundió en repetidas ocasiones. El naturalismo estuvo influido por el positivismo y las ideas de Charles Darwin; sus temas primordiales fueron el adulterio, la prostitución, el alcoholismo y la degradación de las masas, con el fin de llamar la atención sobre estos problemas y buscarles una solución, como al parecer está haciendo ahí Altamirano. La novela más famosa del naturalismo mexicano fue *Santa*, de Federico Gamboa (*cf.* Menton, 2010: 107-108). Agradezco a Erika Pani que me haya señalado este punto.

Años después, en uno de sus tantos textos costumbristas, dio otra opinión no muy favorable del pueblo, en esta ocasión en torno a su fanatismo religioso, pues, a pesar del triunfo liberal en la política, estaba costando mucho trabajo que las mayorías adoptaran las políticas de laicización. En ocasiones, personajes como Altamirano, por más progresistas que fueran, caían en la desesperación ante la resistencia consciente o no de las poblaciones. Por esta razón, describió la fiesta de la Virgen de los Ángeles de esta forma: “La Virgen de los Ángeles es la madona de los pobres y nada más. Su fiesta es una especie que dura ocho días y en que se emborracha el populacho con el pulque rojo de tuna Cardona [...] Demos gracias al cielo que la virgen de los Ángeles no *deba su aparición a la bribonería de un fraile y a la estupidez de un indio, ni a la imaginación histérica de una solterona, ni propensión al embuste de una vieja*” (Altamirano, 1986-1995, vol. v: 69; énfasis mío).

Con esta visión compleja del nuevo soberano es que el maestro Altamirano procuró comenzar a construir su versión más acabada del pueblo, misma que daría a conocer a través de sus escritos literarios e históricos, como veremos a continuación.

DOS VEHÍCULOS DIFUSORES DE LA FORMACIÓN CIUDADANA: LITERATURA E HISTORIA

Con estos afanes, Ignacio Manuel Altamirano —acompañado de otros talentosos hombres de letras— fundó publicaciones, hizo grupos de discusión y empezó a publicar ensayos que ayudarían a conformar el canon de la literatura mexicana o nacional. Uno de los primeros trabajos que dio a conocer fue su novela por entregas *Clemencia*, a partir de 1869. En ella empezó a ensayar una especie de novela romántica y “social”, quizá con afanes de emular a Dickens y Víctor Hugo, pero sólo con breves destellos de lo anterior, por ejemplo, cuando describió a los protagonistas masculinos mexicanos que participaron en la guerra de intervención francesa de lado de los franceses.

El primero de ellos, Enrique Flores, fue descrito como un “joven perteneciente a una familia de magnífica posición, gallardo, buen mozo, de maneras distinguidas” (Altamirano, 1966: 6), a lo que podemos agregar las cualidades de ser culto, sociable y un seductor con las mujeres, mismo que terminará por traicionar la causa de la república al final de la historia. El otro protagonista —que vendría a ser la representación del pueblo republicano—, el comandante Fernando Valle, es descrito de la siguiente manera: “Valle era

un muchacho de veinticinco años como Flores, pero de cuerpo raquítrico y endeble; moreno, pero tampoco de ese moreno agradable de los españoles, ni de ese moreno oscuro de los mestizos [...] tenía los ojos pardos y regulares, nariz un poco aguileña, bigote pequeño y negro, cabellos lacios, oscuros y negros” (Altamirano, 1966: 9). Un muchacho taciturno, sin modales civilizados, del que todos desconfiaban por su mala apariencia, pues pensaban que era un advenedizo que sólo estaba en el ejército por su interés en ascender y obtener poder.

Sin embargo, a través de Fernando Valle, Altamirano intenta aleccionar al lector, pues lo pone como ejemplo de patriotismo, de convicción ideológica y de humildad. Esto lo representa al hacer decir al comandante Enrique Flores lo siguiente, cuando los orígenes del primero son cuestionados por Clemencia: “Él sí que es soldado, [Fernando] y tan soldado, que ha comenzado su carrera cargando el fusil. No se ruborice usted, ¡vaya! Eso no deshonra; ha sido sirviendo a la patria, y nada importa la clase cuando desde ella ha sabido usted elevarse” (Altamirano, 1966: 42). Esta idea ya la había sostenido Altamirano —era la que él había vivido— cuando dijo que él no se enorgullecía de haber nacido indígena, pero sí de haber ascendido socialmente. Al final de la novela, el autor revela que Valle nació en el seno de una familia acomodada, pero que abandonó todo por su convicción liberal, valor que sin duda le parecía loable de imitar en el pueblo.²¹

Como ha señalado Carlos Illades, “la segunda generación liberal del siglo XIX proyectó construir el ‘pueblo moderno’ y el romanticismo exaltó su protagonismo en la historia patria” (Illades, 2005: 88); por ello, ha enfatizado la influencia de Nicolás Pizarro y Dickens en la obra altamiraniana, como hemos referido anteriormente. Con estas inspiraciones y con el deber de formar ciudadanos de aquel “pueblo modelo” que estaba creando, Altamirano se dio a la tarea de construir a ese nuevo soberano. Probablemente, la mayor de las inspiraciones la tendría de Víctor Hugo y su obra *Los Miserables*, a la que calificó como “la más grande novela social de nuestro siglo” (Altamirano, 1986-1995, vol. XII: 51-52).

²¹ Vicente Quirarte sugiere que Valle es una representación de Altamirano, algo que parece lógico por algunos datos que ya he mencionado, como su físico, sus convicciones políticas y el hecho de que también fue coronel en el ejército liberal (*cf.* Quirarte, 1997: 58).

Algo distintivo de estos políticos del romanticismo fue su creencia en la “bondad natural del hombre”, presente en pensadores como Rousseau, Robespierre, Víctor Hugo y, por supuesto, Altamirano. Víctor Hugo dio esa característica a dos de sus protagonistas en aquella obra magna: a Jean Valjean y al pequeño Gravoche. Del primero dijo: “Jean Valjean no tenía, como se ha visto, una naturaleza malvada. Aún era bueno cuando entró en el presidio. Allí condenó a la sociedad y supo que se hacía malo” (2004: 46). Del pequeño Gravoche, Víctor Hugo escribió lo siguiente: “es amigo de ladrones, tutea a las prostitutas, habla la jerga de los bajos fondos, canta canciones obscenas y no tiene una gota de maldad en su corazón [...] Mientras el hombre es niño, Dios quiere que el niño sea inocente” (2004: 249).

Este tipo de románticos también comparten la idea de que su democracia tiene la posibilidad de ampliarse y, por tanto, puede incluirse en ella a los desposeídos; por eso, el literato francés dirá en aquella novela: “las masas sociales que son los cimientos de la civilización, el grupo sólido de los intereses seculares de la antigua formación francesa, aparecen y desaparecen a cada instante a través de los sistemas de las pasiones y las teorías. Estas apariciones y desapariciones han sido llamadas, la resistencia y el movimiento” (Hugo, 2004: 383).

De la misma manera, en las novelas del tixtleco, junto a esta idea, aparecerá la de personajes que ayudan a regenerar a otros; en el caso de *La Navidad en las montañas*, un cura “progresista”, personaje similar a monseñor Myriel, quien ayudó a Jean Valjean a regenerarse. Una de las ideas importantes que Altamirano intentó difundir en sus novelas y trabajos históricos —como veremos a continuación— será la de que el trabajo y la educación eran los medios para rehabilitarse e incorporarse nuevamente a la ciudadanía, incluso para los exconvictos, tal y como había mostrado Víctor Hugo con su protagonista Jean Valjean.

Por esta razón, en *El Zarco*, destaca la labor de uno de sus protagonistas, Nicolás, un joven indígena enamorado y mal correspondido en la trama: “Era un joven trigueño, con el tipo indígena bien marcado, pero de un cuerpo alto y esbelto, de formas hercúleas, bien proporcionado y cuya fisonomía inteligente y benévola predisponía desde luego en su favor [...] se conocía que era un indio, pero no un indio abyecto y servil, sino un hombre culto, ennoblecido por el trabajo y que tenía la conciencia de su fuerza y de su valer” (Altamirano, 1997: 11).

Nicolás representaba al buen ciudadano, un artesano honrado de origen indígena que salió de la abyección a través del trabajo. Algunos analistas, como María del Carmen Millán, incluso han sugerido que este personaje, en el fondo, es el propio Altamirano, lo cual me parece acertado. Representa la contraparte del protagonista de la novela *El Zarco*, quien, pese a tenerlo todo a su favor, por ser hijo de hacendados, rubio y bien parecido, decidió tomar el camino de la delincuencia (Millán, 1957: xv). Las novelas de Altamirano, al igual que la de Víctor Hugo, se desarrollan en un ambiente de guerra civil de sus propios países, algo que llama la atención y que es un rasgo del romanticismo. Doris Sommer, por su parte, ha señalado que el hecho de que en la trama Nicolás se quede con Pilar —la hermana morena de Manuela— es una invitación a la unión y al mestizaje. La misma autora menciona que Altamirano confirió un sentido social a los logros políticos y económicos de la República restaurada, “ofreciendo un tipo de valor cultural para el progreso con el que pudieran contar los hombres de Estado” (Sommer, 2004: 266 y 286-287).

En su *Historia y política de México, 1821-1882* —su trabajo histórico más importante—, Altamirano resalta este carácter popular e incluyente del nuevo soberano al tratar el episodio de la Revolución de Ayutla y el inicio del ciclo reformista en nuestro país, tan importante para el autor: “así, pues, era preciso buscar soldados a la revolución en el seno de las masas populares y por primera vez después de 1810 iba a darse el caso de armar al pueblo para ponerlo enfrente de tropas numerosas, disciplinadas y educadas en el servicio militar” (1986-1995, vol. II: 54). Por otra parte, también trata de convencer al lector de que varios de los hombres fuertes del panteón liberal tuvieron orígenes humildes, lo cual puede parecernos un poco forzado y, en última instancia, falso, pero útil para su ficción. En este sentido, el tixtleco señala: “El elemento civil se hizo soldado y los nuevos caudillos que apoyaron a la revolución fueron hombres del pueblo consagrados antes a faenas muy diversas de la profesión de las armas. El campesino don Eпитacio Huerta y el paisano don Santos Degollado [...] el abogado don Ignacio de la Llave, el empleado don Santiago Vidaurri [...] el hacendado Ignacio Pesqueira, el empleado de Hacienda Ignacio Comonfort” (1986-1995, vol. II: 54).

En este cuadro al estilo del “Tercer Estado” de Sieyès, quiso hermanar a la mayoría de la población, pero la realidad es que, al parecer, ninguno de los mencionados tuvo orígenes parecidos a los de él o Juárez; eran, más bien, miembros de familias acomodadas. Debido, a esto, resultan un tanto con-

tradictorias las palabras del discurso que dio ante la Sociedad Mutualista de Impresores, en febrero de 1875:

Así es que el espíritu de asociación, siempre vivo en el corazón de los pobres, y cuyos esfuerzos tan terribles son para los ricos, estaba enteramente explotado a favor de éstos; [...] Para defender el pueblo su corona, no tiene más recurso que *organizar a las clases trabajadoras que forman la inmensa mayoría de la nación [...] la soberanía popular debe buscar su ejército en las masas [...] ¿para qué decirnos más? Bastante comprendéis vosotros, hermanos de la Sociedad de Impresores, las ventajas del socialismo, puesto que os habéis reunido por una feliz inspiración para protegeros mutuamente para toda desgracia.* (Altamirano, 2011, vol. I: 53-55; énfasis mío)

La cita nos remite al problema de la interpretación del discurso “republicano popular” o “romántico popular” de Ignacio M. Altamirano, pues podemos preguntar: ¿ante qué clase de liberal nos encontramos? Evidentemente, no es un liberal clásico, dado que uno de esta clase no encontraría siquiera alguna ventaja o bondad en el socialismo, ni buscaría ampliar la participación ciudadana.

CONCLUSIÓN

Si en alguna ocasión alguien le hubiera preguntado a Ignacio Manuel Altamirano a qué pueblo se refería cuando lo invocaba, probablemente habría respondido que a los protagonistas de sus novelas, aquel pueblo que el mismo literato tixtleco construyó a través de sus letras, de sus historias y crónicas. Uno en el que estaban imaginariamente unidos, bajo las mismas causas políticas de defensa del liberalismo político, popular y nacionalista, tanto personas de las clases medias, como Fernando Valle, que renunciaron a sus comodidades por una convicción ideológica, o como sus compañeros de armas de carne y hueso, a quienes hizo pasar por humildes como Santos Degollado, Epitacio Huerta, Pesqueira, entre otros. Pero también por la gente menesterosa: artesanos, indígenas, campesinos, arrieros, pobres del campo y la ciudad personificados por Nicolás, uno de los protagonistas de *El Zarco*, quien era la representación de todos los ciudadanos pobres que habían mejorado su condición a base de esfuerzo, gente como su propio autor, el licenciado Altamirano.

Pero, cómo diferenciar a estas personas de otras, como el joven Teodoro Quesada, quien fue fusilado por robar unos candelabros, o los habitantes de la población de La Candelaria de los Patos, que tanto lo impactaron y con cuyo caso quiso llamar la atención acerca de su problemática a través de la prensa. ¿Ellos eran también parte del pueblo? Para Altamirano, en primera instancia, no lo serían, pero tendrían el potencial de serlo; por ello —junto a Ignacio Ramírez— reclamó su fusilamiento al gobernador Juan José Baz, pues, desde su punto de vista, el joven Quesada pudo haber sido regenerado.

Los vehículos de la regeneración fueron los que experimentó el propio Altamirano y varios de sus contemporáneos, plasmados en sus novelas e historias: el trabajo y la educación. Quien no trabajara o estudiara no tendría cabida como ciudadano en la nación que él y varios políticos estaban creando. La diferencia entre la postura más clásica del liberalismo y la de gente como el tixtleco consiste en que la primera sería completamente excluyente por definición; la segunda se abriría más a la inclusión y contaría con expectativas de tener representantes surgidos de los sectores populares, devenidos en profesionistas o políticos que los representarían de forma un poco más auténtica. Es decir, Altamirano fue consciente de que el liberalismo en su forma más clásica resultaba contraproducente para las mayorías; por ello, procuró retomar lo mejor de ideologías como el socialismo, sin abandonar nunca el liberalismo. Eso, quizá, fue su gran contradicción, el callejón sin salida en el que se embarcaron estos traductores del romanticismo republicano o romanticismo popular. Lo anterior, sin embargo, no puede llevarnos a pensar que lo que hicieron fue un rotundo fracaso, pues el nacionalismo y su narrativa popular son exitosos hasta el día de hoy en nuestro país, y el legado literario y pedagógico de Altamirano es sumamente importante, pese a los puntos críticos con los que cuenta.

Un tema que sólo esboqué en el texto es el del papel de esos potenciales ciudadanos con respecto a la soberanía, la toma de decisiones y la democracia representativa para nuestro protagonista. Algunos autores han señalado esta problemática, como Enzo Traverso: “La soberanía popular es un oxímoron: la soberanía sólo existe como un poder sobre el pueblo” (Traverso, 2023: 152). Al respecto, críticos de la democracia como Lucas Alamán ya habían manifestado que el pueblo no podría ser soberano, pues, si lo fuera, no habría sobre quién ejercer la soberanía. De igual manera, al administrar la voluntad de tantos ciudadanos no quedaba más que la democracia representativa para

hacerlo posible, lo cual era una ficción y un engaño creado por los gobernantes demócratas para con los gobernados, un artificio de los liberales desde el punto de vista de conservadores como Alamán, una especie de “defecto de fábrica de la democracia representativa” (Palti, 1998: 151-153 y 159-160).

Ante este serio problema que cuestionaba la democracia en sus cimientos, varios liberales pensaron en alternativas, unos optaron por la soberanía de la razón, es decir, un modelo liberal clásico, excluyente, aristocrático, y otros —como Altamirano— creyeron posible encontrar el camino correcto para salvaguardar la distancia entre la sociedad y el Estado en un régimen representativo, a través de herramientas y prácticas como el asociacionismo, el desarrollo de la sociedad civil, la prensa y la organización de distintos sectores de la sociedad,²² aunque eso es un tema a tratar en otro espacio y momento.

FUENTES

Archivo

Archivo General de la Nación (AGN)
Ramo Justicia e Instrucción Pública

Hemerografía

El Correo de México, 1867
El Boletín Republicano, 1867
Don Simplicio, 1846

Bibliografía

Aguilar Razo, Antonio (2019), *Ignacio Manuel Altamirano: soldado de pluma y espada: biografía militar y política*, tesis de Maestría en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

²² Para conocer mejor estas herramientas y la forma de desarrollo histórico de la sociedad civil, pueden consultarse las obras de Ríos (2005) y Palti (2007: 203-245). También el texto de Sewell Jr. (1992: 341-342), quien señala que el término y la práctica de la asociación tuvo origen en el lenguaje de los obreros franceses de la década de 1830, pero que fue adoptado también por el republicanismo hacia 1848.

- Altamirano, Ignacio M. (2011), *Obras Completas de Ignacio Manuel Altamirano*, 2ª edición, México, Consejo Nacional de la Cultura y las Artes-Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal, 24 vols.
- Altamirano, Ignacio M. (1997), *El Zarco. La Navidad en las Montañas*, 21 ed., México, Porrúa.
- Altamirano, Ignacio M. (1986-1995), *Obras Completas de Ignacio Manuel Altamirano*, edición de Moisés Ochoa Campos, Jesús Sotelo Inclán y Catalina Sierra Casasús, 24 vols., México, Secretaría de Educación Pública.
- Altamirano, Ignacio M. (1966), *Clemencia. Cuentos de invierno*, México, Porrúa.
- Annino, Antonio, (2003), “Soberanías en lucha”, en Antonio Annino y François Xavier Guerra (coords.), *Inventando la nación. Iberoamérica, siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Arendt, Hannah (2006), *Sobre la revolución*, Madrid, Alianza.
- Arroyo, Israel (2011), *La Arquitectura del Estado mexicano: formas de gobierno, representación política y ciudadanía, 1821-1857*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Ballard, Perry Laurens (1996), *Juárez y Díaz: continuidad y ruptura en la política mexicana*, México, Universidad Autónoma Metropolitana/Era.
- Berlin, Isaiah (2020), *Las raíces del romanticismo*, s. l., Titivillus, epub.
- Canto Mayén, Emiliano (2018), *El novelista mexicano: espacios, familias, prácticas y auto representaciones de la ciudad letrada (1830-1880)*, tesis de Doctorado en Historia, Centro de Estudios Históricos-El Colegio de México.
- Cordillot, Michel (2014), “Socialismo y comunismo en Francia, 1830-1848”, en Carlos Illades y Andrey Schelchkov (coords.), *Mundos posibles. El primer socialismo en Europa y América Latina*, México, El Colegio de México/Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa, pp. 37-61,
- Girón, Nicole (2007), “Ignacio Manuel Altamirano: el campeón de la literatura nacional”, en Nicole Girón (coord.), *La construcción del discurso nacional en México, un anhelo persistente (siglos XIX y XX)*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, pp. 215-252.
- Girón, Nicole (1993), *Ignacio Manuel Altamirano en Toluca*, Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura.
- Gomáriz, José (2001), “Nación, sexualidad y poder en *Clemencia* de Ignacio Manuel Altamirano”, *Literatura Mexicana*, vol. 12, núm. 2, pp. 39-65.

- González Obregón, Luis (2006), “Ignacio M. Altamirano, 1834-1893”, en Enrique M. de los Ríos, *Liberales ilustres mexicanos: de la Reforma y la Intervención*, México, Comisión Nacional de los Derechos Humanos/Porrúa, pp. 263-272.
- González Ortega, Jesús (1941), *El golpe de Estado de Juárez*, México, A. del Bosque Impresor.
- Gueniffey, Patrice (2001), *La Revolución francesa y las elecciones. Democracia y representación a fines del siglo XVIII*, México, Instituto Federal Electoral/Fondo de Cultura Económica.
- Guerra, François Xavier (1992), *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, Madrid, Mapfre.
- Hamnett, Brian (2006), *Juárez: El Benemérito de las Américas*, México, Nueva Colofón.
- Hamnett, Brian (1996), “Liberalism Divided: Regional politics and the National Project during the Mexican Restored Republic, 1867-1876”, *Hispanic American Historical Review*, vol. LXXVI, núm. 4, pp. 659-689.
- Henríquez Ureña, Pedro (1954), *Las corrientes literarias en la América Hispana*, 2ª ed., México, Fondo de Cultura Económica.
- Hugo, Víctor (2004), *Los Miserables*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello.
- Illades, Carlos, (2005), *Nación, sociedad, utopía en el romanticismo mexicano*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Sello Bermejo.
- Jardín, André (1998), *Historia del Liberalismo político. De la crisis del Absolutismo a la Constitución de 1875*, 2ª ed., México, Fondo de Cultura Económica.
- Juárez, Benito (2005), *Apuntes para mis hijos*, México, Secretaría de Educación Pública.
- Koselleck, Reinhart (1993), *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós.
- Martin, Gerald (1991), “La literatura, la música y el arte de América Latina desde su independencia hasta c. 1870”, en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina*, Barcelona, Crítica, vol. VIII, pp. 142-148.
- Martínez, José Luis, (1997), “Los estudios sobre literatura y arte de Altamirano”, en Manuel Sol y Alejandro Higashi (eds.), *Homenaje a Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)*, Xalapa, Universidad Veracruzana, pp.125-136.
- Menton, Seymour (2010), *El cuento hispanoamericano. Antología crítico-histórica*, 10ª ed., México, Fondo de Cultura Económica.
- Michelet, Jules (1991), *El pueblo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Fondo de Cultura Económica.

- Millán, María del Carmen (1957) “Dos Utopías”, *Historia Mexicana*, vol. VII, núm. 2 (26), octubre-diciembre, pp. 187-206.
- Munck, Thomas (2001), *Historia social de la Ilustración*, Barcelona, Cátedra.
- Muñoz Bravo, Pablo (2021), “La recepción del romanticismo en México a través de Ignacio M. Altamirano y su versión del pueblo”, en Áurea Maya, Verónica Murúa y Charles Oppenheim (eds.), *El rescate patrimonial del siglo XIX mexicano. Ópera, literatura, arquitectura y teatro*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Centro Nacional de Investigación, Documentación e Información Musical-Instituto Nacional de Bellas Artes, pp. 149-160.
- Negrín, Edith (2006), “Estudio preliminar”, en Edith Negrín (coord.), *Para leer la patria diamantina. Una antología general / Ignacio Manuel Altamirano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Fondo de Cultura Económica, pp.13-56.
- Ochoa Campos, Moisés (1966), *Ignacio Manuel Altamirano: el soplo del genio*, México, Secretaría de Educación Pública.
- Orduña Carson, Miguel (2015), “Las organizaciones de trabajadores en el México decimonónico vistas por Ignacio Manuel Altamirano, un liberal republicano”, *Theomai. Estudios Críticos sobre Sociedad y Desarrollo*, núm. 31, pp. 63-78.
- Palazón, María Rosa y Columba Galván (1997), “El centro contra las periferias (el nacionalismo defensivo de Altamirano)”, en Manuel Sol y Alejandro Higashi (eds.), *Homenaje a Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)*, Xalapa, Universidad Veracruzana, pp. 97-113.
- Palti, Elías J. (2007), *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Palti, Elías J. (comp.) (1998), *La política del disenso: la polémica en torno al monarquismo, México 1848-1850... y las aporías del liberalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Parra, Max (2006), “Pueblo, bandidos y Estado en el siglo XIX mexicano. Notas a partir de *El Zarco* de Ignacio Manuel Altamirano”, *The Colorado Review of Hispanic Studies*, vol. IV, pp. 65-76.
- Perry, Laurens Ballard (1996), *Juárez y Díaz: continuidad y ruptura en la política mexicana*, México, Universidad Autónoma Metropolitana/Ediciones Era.
- Piccato, Pablo, (2019), “Poesía y política en el México republicano: una lectura de Ignacio Ramírez en Don Simplicio, 1845-1847”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, núm. 58, junio, pp. 29-74.

- Quirarte, Vicente, (1997), “El Coronel sí tiene quien le escriba”, en Manuel Sol y Alejandro Higashi (eds.), *Homenaje a Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)*, Xalapa, Universidad Veracruzana, pp. 49-59.
- Ramírez, Ignacio (1984-1989), *Obras completas de Ignacio Ramírez*, México, Centro de Investigación Científica “Jorge L. Tamayo”, 8 vols.
- Reyes Heróles, Jesús (1957-1961), *El liberalismo mexicano*, 3 vols., México, Facultad de Derecho-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ríos Zúñiga, Rosalina (2020), “De huérfanos del Reino a huérfanos de la Patria. El Colegio de San Juan de Letrán de México y la atención a la orfandad (1822-1867)”, *Debates por la Historia*, vol. VIII, núm. 2, pp. 163-199.
- Ríos Zúñiga, Rosalina (2005), *Formar ciudadanos. Sociedad civil y movilización popular en Zacatecas, 1821-1853*, México, Centro de Estudios sobre la Universidad-Universidad Nacional Autónoma de México/Plaza y Valdés.
- Rojas, Rafael E. (2013), “La esclavitud liberal. Liberalismo y abolicionismo en el Caribe hispano”, *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, núm. 86, pp. 29-52.
- Rodríguez O., Jaime E. (2005), *La Independencia de la América española*, 2ª ed., México, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica.
- Rosanvallon, Pierre (2004), *El pueblo inalcanzable. Historia de la representación democrática en Francia*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Rosanvallon, Pierre (1999), *La consagración del ciudadano. Historia del Sufragio Universal en Francia*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Rosen, Boris y David Maciel (eds.) (1984), *Obras completas de Ignacio Ramírez*, 8 vols., México, Centro de Investigación en Geografía y Geomática “Ing. Jorge L. Tamayo” A.C.
- Safranski, Rüdiger (2009), *Romanticismo: una odisea del espíritu alemán*, México, Tusquets.
- Schmidt, Friedhelm (1999), “Amor y nación en las novelas de Ignacio Manuel Altamirano”, *Literatura Mexicana*, vol. x, núm. 1-2, pp. 97-117.
- Sewell Jr., William H. (1992), *Trabajo y revolución en Francia. El lenguaje del movimiento obrero desde el Antiguo Régimen hasta 1848*, Madrid, Taurus.
- Sieyès, Emmanuel J. (1989), *¿Qué es el Tercer Estado?*, 3ª ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México.

- Sommer, Doris (2004), *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica.
- Suárez de la Torre, Laura (coord.) (2020), *Más allá del amor, la nostalgia, la pasión y el éxtasis... El romanticismo en México, siglo XIX*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Tapia Chávez, Regina (2024), *El pueblo y el poder: repertorios en la formación de una cultura política. Gobernados y gobernantes en la Ciudad de México a mediados del siglo XIX*, México, El Colegio Mexiquense.
- Thomson, Guy (2010), *El liberalismo popular mexicano en el siglo XIX. Juan Francisco Lucas y la Sierra de Puebla*, Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vélaz Pliego" - Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Traverso, Enzo (2023), *Revolución. Una historia intelectual*, México, Fondo de Cultura Económica
- Zarco, Francisco (1956), *Historia General del Congreso Constituyente*, México, El Colegio de México.

PABLO MUÑOZ BRAVO: Es licenciado, maestro y doctor en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Actualmente, es becario posdoctoral en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México y profesor de asignatura en el Colegio de Historia e Historia en el Sistema Universidad Abierta y Educación a Distancia (SUAYED), de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Sus líneas de investigación son la biografía, la relación historia-literatura, junto con la historia política y cultural de México en el periodo 1846-1887.

D. R. © Pablo Muñoz Bravo, Ciudad de México, julio-diciembre, 2026.